

PALAVRAS. Revista de Epistemología, Metodología y Ética del Psicoanálisis

ISSN: 2468-9831

www.revistas.unlp.edu.ar/palavras

palavras@outlook.com.ar

Argentina

**EL PSICOANÁLISIS EN LA UNIVERSIDAD, VICISITUDES DE SU
TRANSMISIÓN Y PRODUCCIÓN: ENTREVISTA A CARLOS ESCARS**

DOI 10.24215/24689831e006

Maximiliano Azcona

Lucía Soria

Cómo citar este artículo:

Azcona, M. & Soria, L. (2015). El psicoanálisis en la Universidad, entre la enseñanza y la investigación: entrevista a Carlos Escars. *Revista de Epistemología, Metodología y Ética del Psicoanálisis*, 1(1), 100-120. Recuperado de www.revistas.unlp.edu.ar/palavras

EL PSICOANÁLISIS EN LA UNIVERSIDAD, ENTRE LA ENSEÑANZA Y LA INVESTIGACIÓN: ENTREVISTA A CARLOS ESCARS

Maximiliano Azcona y Lucía Soria *

Carlos Escars era psicoanalista y doctor en psicología (UNLP). Profesor titular ordinario de Teoría Psicoanalítica (UNLP), dirigió proyectos de investigación acreditados en el marco del Programa de Incentivos del Ministerio de Educación de la Nación desde 2001. Fue autor de *Los nombres de los lobos* (2002), y compilador de *Clínica de la transmisión* (2003), *Efectos de la escritura en la transmisión del psicoanálisis* (2007), *La trama de la interpretación* (2011) y *Declinaciones del padre: Lecturas psicoanalíticas de la época* (2015). Hasta el día de su partida, en octubre del presente, se desempeñaba como Secretario de Posgrado de la Facultad de Psicología de la UNLP.

La entrevista se llevó a cabo en el consultorio del Dr. Escars, en julio de 2015. Esperábamos agradecerle especialmente al entrevistado por su amabilidad para efectuar el encuentro y su disposición para brindarnos su opinión sobre los temas propuestos; pero su repentina partida nos ha dejado estupefactos y con un profundo dolor. En virtud de que los entrevistadores participamos de los equipos de trabajo que el Profesor había formado y dirigía, esta entrevista representa también un sentido homenaje a su destacado profesionalismo y a su enorme calidez humana. Expresamos nuestro incansable agradecimiento a su generosidad, a las oportunidades brindadas y, fundamentalmente, a su estilo de transmisión.

CE = Carlos Escars

E = entrevistadores

E: ¿Qué podría contarnos acerca de su recorrido formativo? ¿Cómo se produjo su aproximación al psicoanálisis?

CE: Claro, qué buena pregunta... Yo hice la carrera durante la dictadura, entré en el 79' a la carrera de Psicología, allá en la UBA¹. Era una carrera que habían separado de Filosofía y Letras. Había dos carreras que habían

* Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. E-mails: azconamaxi@hotmail.com - lucia.ma.soria@gmail.com

¹ Universidad de Buenos Aires.

dejado como por fuera de las facultades, que eran Psicología y Sociología. Un poco para tenerlas ahí, aisladas. Eran carreras que dependían directamente del Rectorado, y se daban en un lugar espantoso. Bueno, ahora no es espantoso, es el Centro Cultural Ricardo Rojas, que está en Corrientes y Junín, pero que en esa época era una especie de catacumba en donde funcionaba el coro polifónico para ciegos. Recuerdo que en esa época se había estrenado una película de Sergio Renán, que era una versión de *“Informe para Ciegos”* de Sábato, así que a muchos les resultaba una cosa extraña entrar a cursar ahí.

Yo no tenía mucha idea de lo que era la psicología más que, como generalmente suele pasar con estas cosas, por mi propio análisis desde alrededor de los 15 años. Recuerdo que en realidad tenía una vocación... y otra que era secundaria. Mi vocación era el cine, yo quería estudiar cine, pero también estaba esto de la psicología... ¿cómo hacer cine y psicología? Entonces en primer año me metí en las dos cosas, lo cual me resultaba muy difícil. Porque imagínate, cine en la época de la dictadura... Se había cerrado la escuela de acá, de La Plata, y también lo que es el INCAA ahora. Entonces me metí en un bolichito que se llamaba La Escuela Panamericana de Arte, en donde se habían refugiado algunos cineastas importantes y daban la carrera de cine. Ricardo Wullicher, el director de *“Quebracho”*, entre algunos otros... Entonces, me metí a estudiar las dos cosas. Después me dí cuenta de que no podía con las dos cosas, porque el cine te exige un despliegue de horarios y de dedicación que no es sencillo sostener, así que tuve que elegir y elegí psicología.

E: ¿Cómo recuerda la carrera de psicología de aquella época?

CE: En la carrera de psicología en aquella época habían echado a todos los profesores de antes de la dictadura y... casi todas las cátedras estaban manejadas por gente de muy bajo nivel. En nuestra carrera el interventor era un marino (vieron que se repartían todos los lugares públicos entre las tres fuerzas). Y era un lugarcito pesadito, porque incluso había que tener cierto cuidado con los compañeros, sabíamos que había gente de los servicios que venía y estudiaba y se metía para... bueno... para buscar candidatos al Falcon verde... Pero en general casi todas las cátedras eran muy mediocres y quedaban sólo algunas que eran distintas, por ejemplo, Psicoanalítica, cuyo titular era un viejito de la APA, León Ostrov. Ustedes saben que antes de todo este quilombo, en los 60', la carrera de psicología nuestra y la de la UBA estaban orientadas a los procedimientos de evaluación y orientación vocacional, y que luego se dio un desembarco de

la APA en las facultades, con una mezcla de psicoanálisis y marxismo, con figuras como Bleger. Pero no solo él, sino que coparon un poco todos los ámbitos; después vino Onganía y todo eso se vino abajo. Pero algunos quedaron, a este viejito Ostrov se lo olvidaron ahí y quedó. Él no tenía un programa muy establecido para la materia y tenía un equipo de ayudantes, en su gran mayoría lacanianos, a los que les dejaba hacer. Los discípulos de Masotta, digamos.

E: Seguramente, Ostrov no sería muy lacaniano que digamos.

CE: No, pero dejaba ser. Era un quilombo la cátedra porque él daba un teórico de la APA y después ibas a los prácticos de los lacanianos y te volvías loco. Y estaban como escondidos... porque no era lo oficial de la cátedra, era como una cosa que quedaba en esa catacumba, digamos. Yo me empecé a enganchar ahí... nos empezamos a copar con esto que venía, muy nuevo, muy raro, muy extraño y muy interesante, con gente muy inteligente que daba los prácticos y nos fascinaba; entonces digamos, en medio de toda la mediocridad general, era lo que sobresalía y donde nos empezamos a meter... Y todos empezamos a hacer los que eran en ese momento una institución, y que ahora ya no existen más: grupos de estudio (en los departamentos, en los consultorios, etc.)

E: ¿Recuerda alguno de los nombres de estos profesores?

CE: Yo estudié concretamente con Alberto Marchilli; ¿vieron el librito rojo ese que circula bastante por acá sobre Lacan, "*Una introducción a Lacan*"?; bueno, Machilli es uno de los autores, junto a D'Angelo –que era su mujer– y Carbajal. Eran tipos muy piolas, gente que había armado además un modo de vivir de los grupos de estudio, porque tenían montones de grupos de estudio, pero que manejaban muy bien los temas. Partiendo de Masotta hacían una lectura muy interesante de algunos de los seminarios de Lacan... y allí encontré algunas cosas que me resultaron muy apasionantes, digamos.

Recuerdo que lo visto en la facultad te importaba poco porque era un desastre, pero enganchabas por ese lado, en donde empezabas a encontrar cosas interesantes. Y yo estudié Freud por otro lado, con un personaje que no era lacaniano pero que estaba siempre peleándose con los lacanianos; se llamaba Jorge Rodríguez. Estaba más cerca de analistas como Laplanche que de Lacan. Porque incluso participó en la revisión de vocabulario del Diccionario de Laplanche, del que había una edición vieja

en castellano y él colaboró con la revisión técnica de la edición actual. Así que yo estudié Freud y Lacan por separado, lo cual me resultó muy interesante porque en general toda esta gente, compañeros míos y profesores, estudiaban Lacan y de ahí llegaban a Freud, y yo no hice eso, entonces a mí me quedó un Freud no tan lacaniano, un Freud rebelde a Lacan, digamos. Porque no todo lo que decía Freud era lo que Lacan decía que Freud decía. Entonces pude lograr un vínculo directo con Freud, no mediatizado por Lacan.

E: Retomando lo que comentaba acerca de los grupos de estudio, ¿se daban a conocer de boca en boca?, ¿cómo se sabía de ellos?

CE: Totalmente. Todos estos estaban en la comisión de Psicoanalítica, entonces vos sabías que fulanito o menganito tenían grupos a su cargo. Después estaba Norberto Rabinovich, también estaba González Cobreros, y había un montón de gente, todos muy piolas. Era una de las cátedras que mejor nivel tenía en cuanto a ayudantes, lo demás era todo bastante pobre, en general. Así que bueno, yo entré al psicoanálisis por esa vía. Después vino la democracia, entonces hubo todo un movimiento en donde el lacanismo desembarcó, por lo menos allá en la UBA. Y fue como una fiesta, se empezaron a concursar las cátedras, llegaron algunos como Diana Rabinovich, Juan Carlos Cosentino, etc., un montón de gente que estaba afuera, que estaba en las instituciones psicoanalíticas o en el exterior y que vinieron y transformaron la Facultad de Psicología. El lacanismo se hizo oficial, digamos, lo cual no sé si está bueno, considerando el lugar del psicoanálisis en una facultad. De hecho todavía en la UBA vos ves que hay cátedras de temas filosóficos, fenomenología por ejemplo, que están a cargo de algún lacaniano, y la cátedra entonces te habla mal de la fenomenología, porque Lacan dijo tal o cual cosa... Bueno, todas las cátedras estaban así, marcadas por esa hegemonía del lacanismo.

E: ¿Cuándo empezó su actividad como docente?

Yo empecé en el 86' en una cátedra de Historia. En esa época la cátedra de Historia de la Psicología la manejaba un personaje, con sus complicaciones pero que era muy piola: García de Onrubia, un tipo que pensaba y armaba programas de historia de la psicología que iban variando temáticamente de cuatrimestre en cuatrimestre. Aprobabas la materia haciendo un el trabajo escrito y no un parcial, y la verdad es que te abría un poco la cabeza

porque, más allá de que el tipo tenía una posición fenomenológica clara... Toda una historia... García de Onrubia, más allá de su ideología, era de los docentes rescatables de esa época, porque podías pensar; yo aprendí mucho de filosofía. Yo me enamoré de Merleau Ponty porque el tipo era un “merleauponteano” y la verdad que estaba buenísimo. Aunque yo entré en su cátedra el mismo cuatrimestre en que se murió, recuerdo que estaba buena la cátedra.

E: ¿Y qué lo llevó a interesarse por la historia?

CE: Era la materia que estaba buena y donde yo podía pensar algo, tenía además amigos ahí y... yo que sé, me invitaron... Estuve poco tiempo igual, estuve dos años o tres, pero ahí me enganché... Por esa época Cosentino, que estaba en instituciones psicoanalíticas, fue invitado a organizar una cátedra paralela. Estaba tratando de armar su cátedra, entonces yo me conseguí el teléfono y lo llamé. No lo conocía y le dije “me gustaría...”, me dijo “bueno mándeme el curriculum” y qué se yo. Por supuesto, no me dio bola... Pero como había un aluvión tan grande de alumnos, después necesitó más gente. Entonces en marzo del año siguiente, cuando iban a empezar las clases, me llamó y me dijo: “mire, vamos a hacer una selección docente...”. Entonces yo fui, tuve que dar una clase y ellos elegían a quien iba a entrar. Yo quedé afuera, no entré. Pero resulta que después me llamaron y me dijeron: “mire, renunció no sé quien así que...”; bueno, entré así como de casualidad, yo era el único personaje que no estaba dentro de la parroquia de él, del seminario lacaniano... Así comencé ahí en el 87’ y estuve hasta hace dos o tres años. En esa cátedra fui recorriendo todos los pasitos... y de a poco me fui metiendo en la cuestión de investigación. Primero fui integrante de un proyecto, recuerdo que nadie sabía muy bien qué era investigar en psicoanálisis.... Hasta que en el 2001 presenté yo mi primer proyecto, y a partir de ahí, todos los proyectos siguientes tuvieron algo que ver con esto, con tratar de ver qué cuernos era esto de investigar en psicoanálisis y con qué metodología.

Mi entrada al psicoanálisis vino por esta fascinación para-universitaria, digamos; y después estuvo ligada siempre a la Universidad. Con todas las complicaciones y las ventajas que puede tener esto, ¿no?, siempre estuvo ligada a la enseñanza, a la intención de pensar cómo transmitir, cómo enseñar, cómo hacer para que los alumnos pudieran entender un texto de Freud. Yo nunca estuve en ninguna institución psicoanalítica; sí pispeé, fui por todos lados: charlas, jornadas, cursos, estuve cerca de la Escuela

Freudiana de Buenos Aires, cerca del Seminario Lacaniano... con toda esta gente. Pero nunca me gustó adherirme a ninguna de estas instituciones, para mí la institución era la Facultad, que no era una institución psicoanalítica. Pensar algo del psicoanálisis dentro de esa institución me parece que no es una cuestión sencilla, porque cuando el psicoanálisis se convierte en una versión oficial, a mí me parece que pierde mucho del propio psicoanálisis, ¿no? Creo que no le hace bien al psicoanálisis, digamos, ser la palabra oficial de la Facultad. Me parece que la palabra oficial de la Facultad tiene que ser otra, y el psicoanálisis debe estar allí molestando, digamos. Sin saber muy bien dónde ubicarlo, pero como en cierta tensión en relación con el discurso oficial; porque sino el psicoanálisis es discurso oficial... es lo que paso con la APA, es lo que paso con ciertas versiones del lacanismo. En la década de los 80' éramos todos lacanianos, los analistas, los docentes y los alumnos, y después la gente empezó a sentir como una especie de rechazo, medio visceral. Pero me parece que eso pasa por porque este psicoanálisis aparece como un discurso demasiado entero, ¿no?

E: Y vinculado a esto: ¿Cómo ve la situación de las instituciones psicoanalíticas hoy?

CE: Y hay cosas muy de iglesia, muy de parroquia, digamos... Quiero decir, en el sentido de que el discurso oficial de una institución es seguido y repetido por todos. Y si vos sos de tal parroquia y escribís un texto y no citas a fulanito o citas al de la otra parroquia, resulta que está mal... y eso a mí siempre me pareció terrible, siempre. Por eso mi camino, por ejemplo en mi tesis de doctorado, fue este: no adherir religiosamente a nadie, sino, por el contrario, vincular gente que no se sentaría junta en la mesa o contraponer gente que se supone que son del mismo palo. Pero en función de lo que argumentan sobre algo, no sobre su identificación. Y eso, ya que veo, me parece que tiene que ver con mis inicios con Onrubia y su forma de pensar contraponiendo posiciones; a mí siempre me funcionó como modo de pensar: poner digamos, a ver que piensa tal autor y que piensa tal otro y cuáles son las diferencias y dónde se contraponen.

E: ¿Creé que este tipo de ejercicios de contraposición de posturas falta actualmente en el psicoanálisis?

CE: Y sí, a mí me gustaría eso, más. Por poner un ejemplo, a partir de la investigación que actualmente dirijo y que versa sobre *La referencia a la*

función paterna en la caracterización de las llamadas “presentaciones actuales” del padecimiento subjetivo, estamos por publicar un libro. Y si nos ponemos a pensar la manera en que cada autor enfoca el tema, vemos que no todos dicen lo mismo, a pesar de que hay ideas comunes. Hay uno que está diciendo esto pero no es lo mismo que aquello, entonces en esa contraposición puedes pensar algo, puedes pensar de qué lado estás o puedes pensar una superación o puedes pensar cuál es el problema... pero si amalgamas, digamos, si todo es lo mismo... parece ridículo, parece que no fueran psicoanalistas... Parece que si vos acordás y repetís una fórmula... eso te da como cierta cosa de que estamos del mismo lado...

E: Una especie de guiño...

CE: Claro, una especie de guiño. Y eso ha pasado con un montón de fórmulas a lo largo de todos estos años, que han funcionado como aglutinadoras de masas de analistas; y eso no sirve para nada, ¿no? Por poner algunos ejemplos: “del síntoma a fantasma”, “lo real”, “el acto”, “la père-versión”... en un momento, de pronto, todo el mundo tenía que hablar de “la père-versión”, y cualquiera que escribía un texto dentro del ámbito, por ejemplo de los millerianos, si no escribía de eso era mal visto... porque ¿cómo vas a escribir otra cosa?! Entonces se genera esa cosa de iglesia, que me parece muy patética en las instituciones psicoanalíticas. La Universidad, al contener distintos discursos, te exime un poco de eso; porque estas lidiando con otros discursos o estás discutiendo a otra gente, en el mejor de los casos.

E: Ese carácter de iglesia parece marcar la formación de muchos analistas que luego pretenden insertarse como docentes en la Universidad, y ahí se produce un encuentro muchas veces problemático. Pareciera que el psicoanálisis debería continuar repensando su lugar en la Universidad...

CE: Y sí, porque se convierte en esos discursos cerrados, al estilo, digamos, del partido de ultra izquierda: todo consistente, todo cerrado, con la suposición de que se tiene respuesta para todo... pero se está aislado del mundo, porque si viene alguien de afuera no puede entrar, porque o uno piensa todo así o queda expulsado. Y es una picardía que el psicoanálisis caiga en esas cosas porque precisamente si la cuestión es el equívoco, si la cuestión es la puesta en cuestión del todo y si la cuestión pasa por que la verdad no puede ser dicha toda y esas cosas... ¿cómo sostener al mismo

tiempo en acto todo lo contrario?! Por esto mismo, en lo que se refiere a la transmisión del psicoanálisis en la Universidad, yo siempre enfatizo en la relación entre la enunciación y el enunciado. Si vos estás sosteniendo la teoría de que no hay Otro del Otro, de que la verdad no puede ser dicha toda, de que el deseo no termina de formularse, etc., y al mismo tiempo lo formulás apodícticamente diciendo “esto es así y punto”, “la verdad no puede ser dicha toda y esta es la pura verdad”, estamos en un problema. Me parece que muchas veces se cayó en algo así.

E: ¿Piensa que algo de esto ha sucedido en la puesta en práctica de los programas de formación en la Universidad?

CE: Y, me parece que sí. Muchas veces se ha visto que se sostiene la enseñanza del psicoanálisis en formulaciones como “ésta es la verdad porque la digo yo”, sin que nadie pueda cuestionar nada. A mí me parece que eso es antipsicoanalítico, porque por más que, en términos de contenido, estés hablando de conceptos muy psicoanalíticos, hay algo de la transmisión que va en contra... Hay algo de la transmisión que está diciendo exactamente lo contrario, está diciendo “subordinación y valor”, “las cosas son así”, entonces te genera una cosa sectaria. Esto es lo que se rechaza muchas veces por parte de los alumnos... que sea un catecismo, que si no te lo aprendes, si no crees en eso...

E: Sin embargo, ese discurso a veces tiene efectos de fascinación en los alumnos ¿no? y cuando se encuentran con eso, pareciera que terminan por darle un lugar privilegiado, o incluso que terminan yendo a buscar ese efecto.

CE: Claro. Bueno ese efecto... yo tenía un texto por ahí en relación a cómo era el lector supuesto², a quién le estamos hablando y qué posición tiene quien enseña, ¿no? Y efectivamente también es muy habitual en el ámbito psicoanalítico encontrar al “encantador de serpientes”: que viene, tira cuatro frases y la gente queda pensando: “ahhh qué bárbaro!... qué habrá querido decir?!”, “¡no entendí nada pero es fantástico!”... y quedan fascinados con eso. También hay otro fenómeno frecuente, como consecuencia de lo otro: toda la gente parecida a su profesor, hablando en

² Escars, Carlos J. (2005). El lector supuesto. elementos para pensar la transmisión del psicoanálisis en la universidad. *XII Jornadas de Investigación y Primer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

los mismos términos, diciendo las mismas cosas... sabemos que la identificación es inevitable, pero fomentarla y sostenerse ahí es otra cosa. Es como los pacientes que terminan pareciéndose a su analista.

Yo no sé si lo pude hacer o no, pero cuando me tocó armar un programa y presentarlo en la Facultad de Psicología de la UNLP, mi idea fue romper con esa historia de “acá venimos a decirles la verdad” o “acá venimos a bajarles una concepción del universo”. Dos cosas intenté hacer: abrir eso y volver a Freud, porque en esta facultad yo veía que nadie había leído a Freud.

E: El programa de la materia a su cargo, Teoría Psicoanalítica, es una introducción al psicoanálisis que parte exclusivamente de la lectura de Freud; lo cual parece toda una apuesta de enseñanza...

CE: Se trata, me parece, de una discusión que tenemos con toda una vertiente científica, entre comillas, de la psicología, más en consonancia a toda la estructura universitaria que produce, produce, produce y parece que lo último que se produce siempre es mejor... Por ahí en algunas disciplinas es muy razonable estar siempre actualizado, por ejemplo en medicina: obviamente, si vos lees un texto de hace cien años no sirve para mucho y si lees el último trabajo de tal droga posiblemente puedas decir algo más. Trasladado eso a lo nuestro aparecen algunos problemas. Desde el psicoanálisis sabemos que el tiempo es un fenómeno que introduce el preconciente. Como dice Freud, antes no hay tiempo, y muchas cosas sucedidas hace cincuenta años tienen para el sujeto una actualidad mucho mayor que lo que le paso ayer. Digamos, la dimensión de actualidad, la dimensión de vigencia de algo, no tiene que ver con la idea tradicional del tiempo ni de la memoria, en la que el tiempo pasa y las cosas van envejeciendo, se van desgastando y lo nuevo siempre brilla. Me parece que todo eso, que tiene que ver con la forma de trabajo del psicoanálisis, también puede ser pensado en términos de la selección de bibliografía: para mí, no porque un texto esté amarillo y haya sido escrito antes de la Segunda Guerra Mundial tiene necesariamente menos vigencia que un *paper* de ayer. Es decir, la actualidad en sí misma no es una virtud, no es lo mismo nosotros que hemos leído Lacan para leer a Freud que alguien que no lo haya leído. Uno puede escuchar en textos escritos hace cien años algo que nos hable de hoy. Entonces ¿Freud está muerto? Sí, en cierto sentido sí, está enterrado vaya uno a saber dónde. Pero ¿lo que dice en *El malestar en la cultura* está muerto? Hay cosas que se pueden seguir escuchando y que pueden seguir relanzándose... Entonces,

en ese sentido es que me he propuesto, en el programa, que Freud nos diga algo de nuestro presente o que nosotros podamos encontrar –o leer, o recortar– en Freud algo que nos hable de ahora. Lo importante es si puede seguir siendo hoy algo que atañe a nuestra clínica, si eso que a Freud le paso en *Sobre la psicoterapia de la histeria*, cuando empezó a encontrarse con esos obstáculos, si pasa eso hoy en la clínica, ¿no? En ese sentido, me parece que yo puedo seguir apostando a la vigencia de un texto de hace cincuenta años o cien años, no porque lo vaya a tomar tal cual ni porque padezca de pereza intelectual y piense que nadie dijo nada después. Pero aquella metáfora de Wilhelm Stekel “sí, sí Freud era un genio y nosotros somos enanos, pero un enanito parado arriba de un genio ve un poco más lejos”³, y no sé si es así. El enanito va a estar enanito, no hay necesariamente una acumulación. No creo en la idea de que lo posterior, por el sólo hecho de que viene después, es superador. El primero que puso en cuestión eso en el psicoanálisis fue Lacan, que planteó un retorno a Freud y rescató la idea de que lo más original no siempre es lo último. Muchas veces, cuando se trata de subversiones, cuando se trata de cosas, como dice Freud, “difíciles de escuchar”, la tendencia del avance es ir encubriéndolo y a dejarlo enterrado; por eso es que, cada tanto, hay que volver a desenterrar la cosa.

E: En las últimas décadas ha habido distintos intentos de fundamentar el psicoanálisis en otras disciplinas, y a veces pareciera que eso encubre cierta maniobra: darle legitimidad por su relación a lo “actualmente vigente”.

CE: Y claro, revestirlo de un cierto lenguaje... Por eso yo insisto con el tema del lenguaje de Freud: hidráulico, eléctrico, etc., era lo que él tenía a mano, ahora eso parece como una antigüedad y tenemos que usar, circuitos, memoria RAM, neurotransmisores, cosas que parecen más actuales. Ahora ¿eso nos dice algo mejor sobre lo que está en juego? Porque Freud utilizaba esos elementos y los retorció, porque no le daban para explicar lo que quería explicar. Estaba tratando de inventar algo distinto. La pregunta es, mismo modo, si asimilamos todo a una computadora o un intercambio de neurotransmisores, ¿qué ganamos? Sí,

³ Ernest Jones comenta que la respuesta de Freud habría sido: “sí, pero no un piojo en la cabeza de un astrónomo”. Cf. Jones, E. (1960) “Vida y obra de Sigmund Freud”, Buenos Aires: Editorial Nova. Tomo II, Pág. 150.

Al respecto, resulta interesante recuperar el origen de la expresión parafraseada por Stekel, célebre por el uso que le diera Isaac Newton y por su afirmación del carácter acumulativo de la ciencia.

parece más lindo, parece más “actual”... ¿pero nos permite explicar algo mejor en términos clínicos?

Así que bueno, volviendo al tema de un programa basado sólo en textos de Freud, eso fue fuerte y además fue algo bastante cuestionado, porque aparecía el: “¿cómo están leyendo textos de hace cien años!?”; pero a mí me parecía que faltaba algo así, que no había en los alumnos de acá transferencia con Freud, se iban directamente a Lacan.

E: Puede generarse el efecto de que “Freud ya pasó” o de que todo lo que dijo Freud está mejorado en Lacan, por ejemplo.

CE: Lo cual es una trampa porque es una cuestión de poner a Lacan como garante, que es exactamente lo que no hay, ¿no?

También creo que los lacanianos de primera o segunda generación, fascinados por Lacan, perdieron a Freud; porque Freud estaba devaluado también por el tema de las traducciones. La traducción de López Ballesteros nos mostraba un Freud medio insulso en el que parecía no haber mucho que leer; a nadie se le ocurría ponerse a estudiar esos textos como se estudiaba en esa época a Lacan, en donde estaba todo este tema de las versiones, las transcripciones, las desgrabaciones de fulanito y qué sé yo cuánto... para Freud no había nada de eso, por lo menos hasta que salió la traducción de Etcheverry a fines de los 70' o principios de los 80'. Nosotros en la facultad todavía teníamos los tomos de López Ballesteros y recuerdo que cuando empezaron a circular los de Etcheverry, nadie sabía qué tal eran... Y no es por decir que las traducciones de Etcheverry sean fabulosas, pero creo que mejoró en el sentido de dar cierta posibilidad a que alguien se pusiera a estudiar los textos, por esta cosa de conservar también las traducciones la sistematicidad. Bueno, además, es una versión cuidada, la de López Ballesteros es un desastre desde el punto de vista editorial: faltan cosas por todos lados, faltan párrafos, no se la puede tomar en serio para estudiar, se puede tomar como una lectura introductoria y además muy amena, pero no más que eso.

E: ¿Fue estando en la cátedra de Cosentino –que mencionaba previamente– que se interesó por estudiar los textos de Freud en alemán?

CE: Cosentino tiene varias virtudes, una de ellas es que armó un programa interesante y que era novedoso, porque hasta ese momento el programa era al estilo de Masotta... Más o menos modelados, pero eran el programa

de Masotta, que partía de las formaciones del inconsciente y llegaba hasta cierto punto en Lacan. Pero Cosentino se paró en el *Seminario 11* y entonces armó el programa a partir de *Más allá del Principio de Placer*; y tenía como eje la idea de un momento de funcionamiento del “principio de placer” y un momento del planteo del *Más allá* para hablar en la década del 80’ del “goce”, de “lo real”, de todas estas cuestiones... Eso fue interesante porque marcó a toda una generación, por lo menos allá en la UBA. Hay gente que empezó a leer a Freud de otra manera, empezó a leer *Más allá del principio de placer*, por ejemplo. Y después, Cosentino también se interesó y abrió la posibilidad para pensar y llevar a cabo traducciones. Llegamos a hacer las traducciones de gran parte del *Más allá...*, de *El Yo y el Ello...*

A mí me sirvió para meterme en los problemas de la traducción, más allá de lo bueno o no de esas traducciones finalmente; y para pensar, sobre todo, las ventajas y las desventajas de las existentes, porque vos ahí tenés el alemán y las dos versiones... Tenés el alemán, las dos versiones del castellano y la de inglés, y es interesantísimo ver cómo resolvió cada uno de los traductores los quilombos del original, simplificando, traduciendo lo que entendían, omitiendo partes, siendo muy literal, etc., ver las distintas soluciones que se han dado concretamente.

E: ¿Entiende usted que incidió en la recepción de Freud en distintos lugares el hecho de que haya habido distintas traducciones?, ¿qué lugar ocupó la versión inglesa?

CE: Me parece que sí. La versión inglesa, yo lo digo en algún lado⁴, funcionaba como versión original, muchas veces. Acá la gente era muy culta pero no sabía alemán, inglés sí. Muchos miembros de la APA por ejemplo. Y además, en realidad como las obras completas salieron antes en inglés que en alemán (porque en alemán fue toda una complicación), la *Standard Edition* era la edición canónica, estándar; era como la versión oficial de las obras de Freud. Pero eso escondía el hecho de que se trataba también de una traducción. Los analistas nuestros, que querían estudiar a Freud en los 50’ y los 60’, no estudiaban desde López Ballesteros, estudiaban desde Strachey. A mí me parece que ninguna traducción es inocua y que la traducción de Strachey tiene sus cuestiones, algunas fuertes. En principio es una versión en un lenguaje mucho más erudito

⁴ Cf. Escars, C. (2008). Vicisitudes de las traducciones freudianas. En C. Escars (comp.), *Efectos de la escritura en la transmisión del psicoanálisis* (pp. 81-99). Buenos Aires: Letra Viva.

que el que usaba Freud (más coloquial), es decir, un lenguaje muy técnico, que pretende ser muy “científico”. Utiliza palabras no cotidianas o con cierto aire de no sé qué, cuando Freud utilizaba palabras mucho más comunes. Por ejemplo: “catexis” o “catectizar”⁵, introduce términos griegos, que no tienen nada que ver con nada y que después pasaron al castellano también, pero que no están en Freud.

E: Usted comenta, en uno de sus trabajos, la imagen que Strachey decía hacerse de Freud al traducirlo, la imagen de un caballero inglés...

CE: Sí, lo dice en la introducción. Que él se imaginó un caballero culto inglés del siglo XIX y armó ese Freud, que era *su* Freud. Eso tiene efectos, más allá de otras cuestiones más puntuales pero groseras, como la cuestión del término *instinct*, que viene del inglés y que después López Ballesteros también usó, y entonces ¡sonamos!, perdimos la pulsión por muchos años... Más allá de que “pulsión” tampoco sea un término muy adecuado ni tampoco muy corriente, pero bueno, es el que eligieron los franceses y después paso para acá.

E: ¿Cómo ve el dialogo del psicoanálisis con otras áreas del conocimiento? Hay algunos que piensan que la originalidad del psicoanálisis puede verse afectada si hay un dialogo fructífero, por ejemplo, con las neurociencias, pero también hay quienes piensan todo lo contrario: que el psicoanálisis incluso se podría beneficiar de un intercambio con otras disciplinas, por ejemplo, para fortalecer sus argumentos.

CE: Yo creo que vale básicamente lo mismo que uno puede pensar en términos de la relación del psicoanálisis con la Universidad. En lo que refiere a la discusión con otras disciplinas, se puede tener efectivamente una posición como la de los analistas ante la inserción, por ejemplo, en terrenos universitarios: “no, yo soy psicoanalista”, “sí sí, yo vengo, doy clases acá, pero yo soy psicoanalista...”, “no, yo no me mezclo con...”. ¡Mentira!: te estabas mezclando, estabas dando clases ahí. Porque si no querés mezclarte, entonces andate; pero si venís una vez por semana a dar tu práctico y después decís “no, pero yo con la Universidad no tengo nada

⁵ En la versión inglesa, Strachey utiliza el vocablo *cathexis* como traducción del término *Besetzung*, utilizado originalmente por Freud. Etcheverry opta, en su lugar, por el término “investidura”.

que ver”, se trata de una posición un poco canalla. Y me parece que la otra postura complicada, que es la postura que yo veo bastante –y a veces casi inadvertidamente en muchos psicoanalistas– es la sumisión a discursos dominantes. Se “compran” todo el discurso ajeno sin ponerlo en cuestión. Obviamente que a mí me parece que hay que tener diálogo y hay que estar en relación a las producciones de la época, pero si sos analista, a eso lo lees desde el psicoanálisis y no tenés que “comprarte” cada concepto, hay que tamizarlo y hay que ver qué quiere decir. Hay que ver, entre otras cosas, si estás hablando del mismo sujeto, de la misma concepción de lo que es la realidad, etc.; eso es lo que hace más difícil todo. Es decir, la posición sería una especie de dialogo pero crítico, en el sentido de no mezclar peras con manzanas, ¿no? Por ejemplo, si vos pensás a la angustia como un desencadenamiento de ciertos químicos en el cerebro, no estás pensando a la angustia, estás pensando en otra cosa, no se puede pensar la angustia así, la angustia es un problema subjetivo, después qué se yo, a lo mejor hay alguna manera de encontrarle la vuelta para ver cómo son los resortes químicos, pero estamos hablando de otra cosa, ¿no? Desde el punto de vista de las psicoterapias es parecido. Recibo a una paciente con toda una cuestión en relación a un terrible temor a contagiarse de SIDA, temor que ella sabe que es absurdo, porque toca algo y ya entonces piensa que se contagió, y va y se hace un análisis... y ya se hizo como veinte análisis de HIV; sabe que no, pero... Entonces la habían mandado a una psicoterapia cognitiva, y la paciente se enloqueció más. Primero, la recontra medicaron, le dijeron que había que eliminar ese síntoma y que se lo iban a eliminar a la fuerza; después, ella le decía a la psicoterapeuta: “toqué un picaporte que tenía una manchita y... a lo mejor, yo que sé”; entonces la psicoterapeuta la mandaba a sacarle fotos al picaporte para que juntas pudieran ver si efectivamente había o no chances, y le explicaban los métodos de contagio, los métodos de no contagio y todo eso... Bueno, la chica está hablando de otra cosa, la chica está hablando de que su madre le decía que afuera estaban todos los peligros, que no compre, por ejemplo... ¡pochoclos!, porque venían envenados. Bueno, toda una serie de cuestiones que se empiezan a abrir cuando alguien empieza a hablar y se lo escucha de otro lado; pero entonces, no estamos hablando de lo mismo: si vos hablás con un cognitivista y pensás: “Bueno, vino un paciente con temor a contagiarse de SIDA”, no estás hablando de lo mismo, porque para mí es una cosa y para él es otra cosa.

Entonces, se puede hacer un dialogo, pero siempre y cuando empecemos por pensar desde donde se está hablando. Lo mismo con los neurotransmisores, etc.

E: Teniendo en cuenta esto que estamos diciendo, ¿cómo ve lo que hace a la especificidad del psicoanálisis en las investigaciones universitarias hoy?

CE: La vía que yo tomo siempre es un poco la de intentar contraponer concepciones, contraponerlas no para pelearse con todo el mundo sino para escuchar las diferencias; que es en lo que consiste el psicoanálisis: en escuchar las diferencias. Entonces me parece que la investigación, por lo menos como yo la pienso, va por ese lado. Tomando referentes clínicos o la bibliografía, o conceptos, para tratar de cercar, cernir, las diferencias. Y pensar qué es lo específico que el psicoanálisis tiene para decir, o para encontrar, o para descubrir en estas investigaciones...

Cuando tomé la vía o el tema de la forma de trasmisión y de cómo se escribe en el psicoanálisis, creo que era también una manera de pensar cómo se investiga. Empecé con los historiales clínicos, que obviamente eso me vino del historial clínico del “Hombre de los lobos”, pero después me ha interesado pensar cuál es el formato de escritura que le conviene al psicoanálisis, así como también esta cuestión de qué quiere decir “producir teoría en psicoanálisis”, en la que tenemos una paradoja: la teoría es universalizar algo que en la clínica no es universalizable. Digamos que en cada situación yo fui contraponiendo distintas posturas. La idea de la investigación es, para mí, la de intentar producir diferencias, hacer que se escuchen las diferencias, en donde uno al principio ve todo igual o todo parecido; eso no me parece poca cosa.

E: ¿Qué opina de las investigaciones psicoanalíticas extra-clínicas?

CE: Creo que es muy difícil separar, hablar del psicoanálisis sin que tenga respaldo en la clínica. Por eso yo siempre critiqué el título de Teoría Psicoanalítica, porque supone la idea de que primero damos la teoría y más adelante vemos la clínica; pero no hay manera de pensar ningún concepto psicoanalítico por fuera de la clínica. Ahora, el problema es que lo clínico siempre se topa con el peso del método hipotético deductivo y de la acumulación de lo inductivo, de la acumulación de casos que se aspira a que sean ejemplos de alguna regla que es la que se trata de establecer. Desde mi punto de vista, los estudios estadísticos no tienen demasiado

sentido, porque no hay manera de sumar dos casos en el psicoanálisis... Sin embargo, digo esto y pienso: ¿cómo hacemos para decir estos son casos de histeria?, decimos: “este es un caso de histeria como este otro”, hay algún punto en que sí, efectivamente sí se pueden sumar; pero me parece que lo estrictamente psicoanalítico no es lo “sumable”. No me gustan, por ejemplo, las investigaciones psicoanalíticas psicopatológicas, que parten de recortar un cuadro o una categoría.

Creo que la clínica nunca deja de aparecer, pero el problema es cómo aparece en las investigaciones. Sería como muy optimista decir que aparezca para romper lo que uno está pensando, cosa que es muy difícil pero que es lo que decía Freud: “un caso me hace pensar de nuevo toda la teoría”. La tesis de doctorado que yo realicé fue sobre el caso del “Hombre de los lobos”, y creo que ese caso realmente pone en cuestión toda la teoría, y no es que la teoría lo resuelva rápidamente. Sino que la pone en cuestión y la deja en cuestión. En ese sentido creo que el “Hombre de los Lobos” es un caso, porque es un caso que no hace serie, que no es el paradigma de la histeria, de la neurosis obsesiva, de la psicosis, etc., como pueden ser tomados otros casos de Freud. El “Hombre de los lobos” es un caso que es paradigma de no se sabe qué... de nada. Y en ese sentido pone a trabajar la teoría, a mucha gente que se puso a escribir cosas.

E: Es muy interesante su señalamiento. Thomas Kuhn, posiblemente el responsable mayor de que hoy hablemos tanto de paradigmas, puntualiza un doble sentido del término paradigma en 1969; uno de ellos es que los paradigmas son “ejemplares”, es decir ejemplos modelo de resolución exitosa de un problema, justamente con el paradigma. Ejemplares, dice él, que se utilizan frecuentemente para enseñar y transmitir el paradigma. Yo estaba pensando que en la trasmisión del psicoanálisis se utilizan los casos ejemplares para enseñar la histeria, neurosis obsesiva, fobia o psicosis, pero al “Hombre de los lobos” no se lo suele utilizar, ¿tendrá que ver esto con cierta postura respecto de la investigación y/o la enseñanza?

CE: En el 97’ armé un seminario optativo con la absoluta intención de trabajar el caso que nadie trabajaba en la carrera y que precisamente era el más interesante. Luego me sirvió para hacer la tesis, pero era con esa idea: nadie sabía dónde ponerlo y entonces no lo utilizaban.

E: En el posfacio de su libro sobre el tema⁶ usted toma la decisión de no terminar el trabajo comentando explícitamente su opinión diagnóstica sobre el caso, pues su objetivo había sido justamente el de contraponer las distintas lecturas existentes. Pero allí también dice que usted tenía una posición asumida...

CE: El “Hombre de los lobos” tiene esa cosa de que se suma a las modas, entonces en la época del *borderline*, era un *borderline*, en la época de la psicosis ordinaria, es una psicosis ordinaria. Para mí es un neurótico, un obsesivo muy complicado que tuvo la mala suerte de tener como analista a Freud; digo “la mala suerte” en el sentido de que el tipo nunca pudo despegarse de esa transferencia. Leyendo las conversaciones con Karin Obholzer, encontrás ahí a un viejo muy deteriorado pero todavía en pelea con Freud y en transferencia absoluta, diciendo: “Freud tenía razón”, “no, no tenía razón”, “no, en realidad no me dijo esto”... Para mí era un obsesivo, pero bueno, para mí, yo que sé. Un obsesivo grave que tuvo además ese episodio, también en relación a la transferencia con Freud, me refiero al episodio con Mack Brunswick, que parecía una paranoia pero que no fue una paranoia, de hecho pasaron unos pocos meses y nunca más retornó; esa es mi lectura... De todos modos tampoco es un neurótico clásico; pero para mí, leyendo la última parte, vemos que fue una víctima de la institución psicoanalítica, porque el tipo quedó identificado a ese nombre: “Hombre de los lobos”, y no pudo hacer más nada con eso. Más allá de que no pudo hacer más cosas con su propia vida, pues parece que le pasó todo por encima: la revolución, la guerra, el suicidio de la mujer, etc. Parece haber quedado medio en un estado de cierta perplejidad frente a esas cosas, me parece que perplejidad por no tener recursos, pero no por ser psicótico, me parece...

E: Lo que me parecía interesante rescatar es que el hecho de no explicitar su lectura no significa que no haya tenido incidencia en el armado del trabajo.

CE: Sí, seguramente, por eso, seleccioné cierto material para trabajar y no otro; por ejemplo, tomé un primer trabajo de Lombardi y no el segundo. En el primero él decía que era un neurótico y en el segundo que era un

⁶ Escars, C. J. (2002). *Los nombres de los lobos: Lecturas de un caso célebre*. Buenos Aires: Imago Mundi.

psicótico. A mí me resultó mucho más interesante el primer trabajo, por su lectura de ciertos detalles clínicos y no el segundo, que está basado en la teorización de los psicóticos ordinarios, y entonces ya está pensando en otros términos. De todas formas no era mi intención demostrar mi posición en la tesis; a mí me interesaba esto: sobre una misma cosa, sobre un mismo episodio, cómo había lecturas totalmente distintas.

E: Muchas veces aparece cierta demanda a los psicoanalistas de que produzcan teoría, de que acuñen nuevos términos, nuevas categorías...

CE: También una cuestión en relación a eso: cada analista puede ser un teórico también... Freud y Lacan lo planteaban: una cosa es el analista que escucha y otra es el que después arma algo con eso. Pero digo, viste que Freud decía “a la noche yo tomo notas...”, pero eso no es una cosa suntuaria, no es algo que Freud hacía sólo porque después quería publicar, sino que es parte de la tarea del analista: de alguna manera teorizar sobre el caso. No quiere decir inventar teoría sobre el caso, pero de alguna manera uno está en juego teorizando, no aplica un conocimiento que ya viene de otro. De hecho, si lo aplica, pone un cliché ahí donde no lo hay y entonces mete la pata. Es complejo porque uno está todo el tiempo tratando de que no se le escape lo que pasa en la clínica, tratando de asirlo con alguna herramienta teórica y así, de alguna manera, re-inventa las herramientas teóricas. Eso tiene que ver con quién investiga. Algunos consideran que es mejor que aquellos que investigan no sean analistas; a mí me parece que es al revés... lo que pasa es que uno no investiga en tanto analista, pero investiga no sin ser analista.

Los que hicieron la traducción de Freud al francés decían que todos eran eruditos en Freud, y alguno era psicoanalista... Me parece que es un problema eso, que es lo que le pasó a Etcheverry –lo de Ballesteros ni hablar...–, pero Etcheverry, era muy preciso, muy sistemático, pero no era analista, no tenía ni idea de lo que era el análisis; era un tipo especialista en pensamiento alemán y en ese sentido pescó todas las referencias... pero no pescó ninguna otra cosa. Entonces me parece que tampoco se trata de ser analista por ser practicante, pero sí se trata de, como decía Freud, estar preocupado por el inconsciente: no puede investigar en psicoanálisis alguien que no está preocupado por el inconsciente, porque entonces sí te vas rápidamente a hacer una investigación histórica, o a hacer una investigación filosófica, etc. A mí me parece que algo de ese atravesamiento

por el inconciente es necesario para realizar investigaciones en psicoanálisis.

E: Cuéntenos un poco del proyecto de investigación que actualmente dirige, ¿cómo llegó a ese tema y cómo se trabaja allí?

CE: Sí, todo tiene su historia en ese sentido. Por un lado, lo que yo les decía, este *modus operandi* que tengo yo de armar las investigaciones en términos de ir confrontando concepciones. No dando por supuestos términos o afirmaciones, sobre todo cuando no provienen de la misma teoría psicoanalítica. En la actualidad, social, política, de nuestros años, de estos últimos diez años o un poco más, hallamos cierta contradicción entre una teoría psicoanalítica sostenida en cierta jerarquización de lo que se llama “el lugar del padre” y una sociedad que aparentemente desvaloriza este lugar o anuncia un derribo, una declinación, etc. Si uno lee desde el psicoanálisis este fenómeno social, uno puede leer un montón de cosas ahí.

Cuando me tocó armar el programa de la materia, si bien me apoyé en el programa de Cosentino, con el que trabajé más de 20 años, creo que le di una vuelta: precisamente usar el lugar del padre como privilegiado, tal como en la teoría de Freud aparece, en el sentido de ordenador, de cierta idea de garante de la armonía, subjetiva y social. Y también el hecho de un “más allá del principio de placer”, en el sentido no de un más allá del padre sino de que no todo entra en este ordenamiento... Con lo difícil de esta posición, que es la freudiana, me parece. Porque la oscilación más fácil es la que Freud describe en “*Psicología de las masas...*”: idealización y asesinato. Uno puede leer algo de esto en la dimensión social, digamos. Porque la declinación del padre, declina en relación a una supuesta erección absoluta y hay así una especie de nostalgia... Ahora, el problema es que los analistas han tomado esa declinación como una verdad psicoanalítica. Entonces, o tenemos que cambiar la teoría y decir “ya no hay estructura en el sentido del nombre del padre”, etcétera, o tenemos que hacer malabares para ver cómo sostenemos que sí.

Bueno, mi idea fue poner en cuestión esto, poner sobre el tapete este problema que surgió a partir de la relación del psicoanálisis con los discursos de lo social. Incluso en nuestro país, la época del “que se vayan todos” era una especie de “no hay más padre, no sirve más nadie”, quizá un poco ingenua, porque después hay un retorno de eso. Bueno, eso por el lado de lo social...

Me acuerdo que alguna me invitaron al Colegio de Psicólogos de acá a hablar de *“El Malestar en la cultura”*, y a mí se me ocurrió hablar del malestar y el padre, entonces ahí empecé a indagar el tema, en el 2002 más o menos. Luego leí el libro de Michel Tort⁷, que es quién desde una posición supuestamente psicoanalítica, pero en realidad sostenida en tesis sociológicas, denuncia lo conservador de Lacan y todo esto... y me parece interesante, porque bueno, hay que pensar: ¿está hablando de la posición política de Lacan o está hablando de la teoría psicoanalítica?, son dos cosas distintas. Entonces, en la investigación me pareció interesante, sin tener respuestas demasiado cerradas de entrada, ir poniendo en cuestión estas cosas.

E: ¿Cómo sinterizarías los resultados o el camino andado hasta acá de esta investigación?

CE: Bueno, me parece que resultados en el sentido de fórmulas, ya sabemos que no tenemos. Sí tenemos, como un resultado, la posibilidad de hacer que la gente esté un poco más advertida de esto, que ya no use mecánicamente postulados, que son discutibles, en relación a que “los ideales han caído” y a que la situación actual es la de “el Otro que no existe”, cosas que parecen muy obvias para la mayoría y que se pueden discutir y repensar. Si nosotros logramos que por lo menos haya un efecto de “podemos pensar esto”, para que no nos sumemos a la repetición mediática de esta cuestión sino que nos pongamos a pensar, bueno, ese sería un resultado ideal de nuestra investigación. Poder escuchar cierta diferencia también en esto, porque a mi gusto la noción de padre no es unívoca: si por padre entendemos la función del ordenamiento fálico, que permite el intercambio y que permite el deseo, entonces se trata de algo estructural. El hecho de que esto pueda tomar distintas formas y de que se llame padre o “pirulito”, es otro problema. Pero sí hay que diferenciar lo que para nosotros son cuestiones de estructura de lo que son las declinaciones de las distintas formas (sociales o culturales) que esto puede tomar.

⁷ Tort, M. (2008). *Fin del dogma paterno*. Buenos Aires: Paidós.